

30.11.2014

A su Santidad el papa Francisco:
Me permito robarle unos minutos de su tiempo, los necesarios para leer estas líneas, nacidas desde el corazón de este exseminarista
me llamo [redacted] y la razón por la cual le escribo, no es otra que apoyar a todos los que han estado callados y han sufrido el mismo maltrato físico y psicológico que yo y que por miedo o vergüenza, no han salido a la luz. Ha llegado el momento de unirnos y decirlo, porque lo que nos hicieron nos marcó y esos estigmas estarán ahí siempre.

Quiero que se nos escuche y no traten de acallar más este horror que padecimos, porque ya nos ignoraron otras veces, tapando y guardándose para que no se pusiera en entredicho sus acciones.

Me dirijo a su Santidad porque es en quien solo confío y en Cristo. Los últimos acontecimientos me han hecho revivir mi experiencia y heridas, que pensaba habían cicatrizado. Hoy vuelven a invadir mi mente haciéndome volver a los días de miedo y de abusos, que nos hicieron pasar en aquel seminario.

Seminario menor "San José" La Bañeza (León)
cursos 1985-1989, 6º, 7º, 8º, siendo en
este último, el comienzo de todo.

Los sacerdotes encargados de nuestra
educación eran: D. Gregorio Rodríguez Fernández
(rector) y como tutores: D. Juan Herminio
Rodríguez Fernández, D. Francisco Javier Redondo
de Paz, y D. José Manuel Ramos Gordón.

Llegada la noche, tras una jornada de
clase y quehaceres nos retirábamos al
dormitorio. Cada curso tenía su propio
dormitorio común, donde entre cama y cama,
nos separaba un pequeño tabique. Aún
puedo sentir en el silencio de la noche de
aquel dormitorio, el frío pero suave tacto
de D. José Manuel Ramos despertándome. Allí
cayo dillado en un lateral de la cama,
suavemente me iba tocando los muslos, mis
nalgas, con mucha delicadeza, despacio para
que no despertase. Todo era silencio, mientras
su mano avanzaba hacia mi pene, un
pensamiento invadía mi mente.

¿Era verdad? ¿realmente estaba sucediendo?

Los intentos por dormir boca-abajo
tampoco eran de ayuda, un escalofrío te
recorría el cuerpo, te despertabas sabiendo
que te estaba tocando, no podías hacer
nada para evitarlo, tan solo pensar que en
algún momento terminaría, que quizás otro
día no serías tu, que otro de los compañeros
sufriría ese mismo miedo.

Cuando por fin terminaba se marchaba como había venido, en el más completo de los silencios, y tu permanecías allí, roto, lleno de miedo, llorando, intentando comprender y con la triste esperanza de que, la siguiente noche quizás, no iría a por tí. Por desgracia ese compañero fue mi hermano. Más de una vez, lo encontré (bien entrada la noche) escondido en los baños, con el rostro desencajado, los ojos llorosos y temblando, la impotencia de no poder hacer nada, recuerdo decirle: "vamos a la cama" y él, con los labios titubando responderme "No, sé que él va a venir"...

Como los abusos por parte de D. José Manuel continuaban, tanto hacia mi persona como hacia mi hermano y hacia dos compañeros más (■ y ■). Tras hablarlo entre nosotros decidimos contárselo (con mucha incertidumbre) al rector D. Gregorio, que, atónito ante las palabras de mi hermano y ■ (que he de decir que fueron mucho más valientes que yo, ya que llegado el momento, me entró el pánico y no entré).

El rector ojiplático solo podía preguntarles ¿qué es toca? ¿qué es toca?

Pensábamos que el hecho de que mi hermano y [redacted] le denunciaran al rector, sería el fin de aquel calvario, nada más lejos de la realidad. Como si de una simple chiquillada se tratase nadie hizo nada. El silencio por respuesta. Lo único que conseguimos fue entrar en un círculo de castigos. Nos castigaban con ir a dormir a la sala de peluquería, y él venía a despertarnos a cada hora. El trato tampoco mejoró en misa, se acercaba y cogiéndonos del brazo, nos susurraba con ira al oído ¡¡ cantad !! ¡quiero ver como se mueven vuestros labios! ¡¡ vais a dejar aquí la piel !!

Pasaron meses sin que nadie frenara los abusos, las noches se habían convertido en miedo, miedo a dormir. Tanto era el temor, que incluso, llegamos a poner en la puerta del dormitorio papel higiénico, para que al abrirse la puerta, quedara desplazado, así sabríamos que él había estado allí.

Incluso [redacted], un fin de semana que fue a casa, se trajo un cuchillo, que guardaba bajo su almohada.

Mi hermano, [redacted] y yo, volvimos a pedir auxilio, en esta ocasión fuimos a hablar con el tutor de 6º, D. Francisco Javier Redondo. Con el semblante serio, preguntó: "¿Se lo habéis dicho a alguien más?"

A lo que mi hermano y [redacted] respondieron "sí, a D. Gregorio." "no debísteis hacerlo" replicó "pero dejarlo en mis manos."

Parecía que por fin alguien haría algo por nosotros. ¡NADA! no hizo nada, por segunda vez nos ignoraron, dejándonos a merced de los caprichos sexuales de D. José Manuel. Pasaron los días, los exámenes y el curso. Ya en casa decidimos pedir consejo a nuestro hermano [redacted], que al ser mayor que nosotros, quizás podría darnos algún consejo sobre que hacer. Él nos dijo que lo dejáramos atrás, que ya no ibamos a volver a ese seminario, que tratásemos de olvidar, hicimos el pacto de que jamás volveríamos a decir nada a nadie.

Comentamos el nuevo ciclo escolar en el seminario de Astorga, aunque temerosos teníamos la esperanza de que sería diferente. Pero si en la Bañeza sufrimos acoso sexual en el seminario mayor "La Inmaculada" fue maltrato psicológico. Allí cursamos 1º y 2º de BUP, los años 1989 a 1991. al frente como rector D. Julián Barrio Barrio y como tutores: D. Máximo, D. Paco, D. Gerónimo, D. Blas y D. Aquilino.

De alguna manera la historia de los gemelos había trascendido, se sabía, era un secreto a voces. De hecho tengo entendido que D. José Manuel Ramos ya no estaba en el seminario de la Bañeza, se fue a una parroquia quizás de forma interna y sin mucho ruido, alguien había intervenido en el asunto de los abusos. Lo destacable en este seminario fueron los gritos, los castigos inconmensurables, las terribles bofetadas que nos daban ¡fue muy duro! como duras eran las palabras de Máximo, nuestro tutor, que no escatimaba en bejaciones a la hora de hablar con nuestros padres. Les dijeron que no éramos aptos, que estábamos todo el día de fiesta. En una ocasión, por la mañana en laudes, estábamos sentados en silencio con la mirada en las páginas del libro que todos teníamos abierto por la misma página. Yo levantaba la mirada, buscando a ambos lados a mi hermano, pues aún no había llegado, pasaban los minutos y de repente el sonido de la aldaba de la puerta de la iglesia irrumpió, allí apareció mi hermano (se había quedado dormido) rápidamente ocupó su lugar y en aquel momento, Máximo, bajó del altar y le propinó una bofetada con todas sus fuerzas.

Lleno de coraje y llorando por la impotencia rompí mi libro de laudes.

Si algo no les gustaba, el castigo era devastador, a mi hermano más de una vez, le mandaba Máximo correr 7 u 8 Km. fuera del seminario, por una carretera de madrugada, él decía que le estaba vigilando desde su despacho, con unos prismáticos, supongo que lo decía para cerciorarse de que se cumplía su castigo.

Máximo era inflexible y por alguna razón estaba cegado con nosotros, quería deshacerse de los gemelos. Hasta tal punto, que al año siguiente, la matrícula para el siguiente curso no llegó a casa. Mis padres extrañados bajaron a Astorza para pedir explicaciones al rector, D. Julián Barrio Barrio.

Cuando por fin terminó el curso, respiramos aliviados, ya todo terminó, regresábamos a casa. Le doy gracias a Jesús que me ayudó en aquellos difíciles momentos que viví. Él me ayudó en los momentos de más debilidad, tan sólo él, mi amigo, mi Dios, al que tantas noches le supliqué "HAZ QUE ESTO ACABE".

Años después por fin conseguimos reunir el coraje y la valentía suficiente, le contamos a nuestros padres lo que nos habían hecho padecer, atómicos, escuchaban,

y como si de puñales se tratara, cada hecho que contábamos más dolor les provocaba. Para una madre, oír que las personas a las cuales has confiado a tus hijos, sean capaces de hacer aquello, no tiene nombre.

Fui padre, enseguida comprendió la magnitud de lo acontecido y se puso en contacto con ciertos sacerdotes, que para su asombro, reconocieron los hechos... pero ahí quedó todo, nadie hizo nada, salvo echar tierra encima.

A pesar de que los años han pasado, en mi mente fue ayer, y no puedo evitar pensar que mi infancia, rodeado de laudes, vísperas y sacerdotes se pasó, y que los recuerdos que tengo de ella son amargos y tristes, no por las misas, sino porque me robaron mi inocencia, la pureza y mi ilusión.

Hoy tengo un hijo de diez años y la idea de que a él le pudieran llegar a hacer tan solo una milésima parte del daño que me hicieron a mí, me revuelve por dentro. Es por eso por lo que cuento esto ahora. No busco que nos pidan perdón, ya rendirán cuentas cuando estén ante Dios nuestro Señor. No busco fama, ni dinero, solo pienso en mi hijo y en los niños que ayer fueron —

sodomizados, vejados y humillados como lo fuimos nosotros.

Por mi hermano, al que quisieron confundir diciendo que no era digno. Él ya no está con nosotros, murió en un trágico accidente, dando su vida por intentar ayudar a otros, como siempre había hecho, si algo le caracterizó fue eso, su bondad. Daba limosna a los pobres y era humilde de corazón.

Por ellos, para que no se vuelva a repetir y porque espero que los que hemos estado callados, escondidos tras la vergüenza, con miedo, nos unamos y salgamos a decirlo bien alto.

"Tolerancia cero"

"La verdad no se puede esconder"